

M. E., SI.

Los becerros pasaban a alguna cerca o se ponía con ellos al zagal, u otro empleado si era el caso, hasta que ya no mamasen a las madres. En algunas fincas pequeñas se vendían mamando, cosa que también hemos constatado en algún latifundio de la zona de Pallares y Santa María, donde no se vendían de erales sino de becerros.

Una técnica de destete era la de las tablillas, el equivalente al betijo, que permitían no tener que separar a los becerros de sus madres.

“Cuando daban castigo, que las madres estaban preñás, les ponían un cacho de tablilla redonda en la nariz. Yo las he hecho y tiene que caber sólo el deo porque si es más grande se cae.”

A. B., PM.

La presencia de la vaca en los rastrojos era poca, ya que eran cochinos, más necesitados de alimento en verano, y ovejas, más aptas para esos pastos, quienes entraban en los agostaderos. Entraban vacas en rastrojeras sobre todo en la zona de Fuentes de León, por haber mucha vaca y poca oveja.

Algo que conviene señalar para la época del calor es que variaba el pastoreo, pues había que salir muy temprano con el ganado para que estuviese comido hacia el mediodía, cuando aprieta el sol y rondan las moscas. Las vacas causaban complicaciones, *daban mucho castigo* cuando les entraba la *cuca*, es decir, cuando les picaba la mosca y empezaban a correr y brincar, y se alejaban del lugar en que estaban. Por eso, se procuraba que hubiesen comido y estuviesen descansando a esa hora, o que pudiesen meterse en los ríos o barrancos para, mojando el rabo en el agua, espantarse las moscas. En algunos sitios, incluso, se las recogía hasta por la tarde. En estas horas, los vaqueros estaban más descansados y podían irse a la casilla a comer o echar la siesta, si no caía lejos. Por lo demás, el pastoreo en verano era descansado, al no tener que atender las lindes de los sembrados, e incluso había fincas, grandes sobre todo, en que las vacas podían quedarse sueltas de noche.

Como vimos, se daba una estrecha relación entre presencia de vacuno de carne y existencia de ríos y arroyos, de tal manera que en el verano, los cauces de agua y sus riberas eran el lugar preferido por las vacas, pues allí se mantenía verde la hierba más tiempo y encontraban agua, frescor y vegetación de ribera, como junco, juncia, bayunco o masiega. En algunos casos, de explotaciones compuestas de varias fincas, la manada se trasladaba en el estío hacia la que tenía ríos o arroyos, por ejemplo de Los Endrinales, en la zona de Santa María de Navas, al Baldío, en los márgenes del Viar, por Montemolín, a Ardila desde las proximidades de Segura o a riveras de Fuentes desde Calera.

Las vacas que no se movían de las fincas andaban al amor de las riberas. Al igual que sucedía con los guarros, los dueños de algunas vacas las sacaban a los arroyos en este tiempo, e incluso iban cordeleando con ellas a lo largo de algún

tramo, como sucedía por ejemplo en Santa María de Navas. Los pequeños propietarios incluso las soltaban en las riveras, fuera de sus fincas, los grandes sólo dentro de ellas, junto a los cauces. Allí andaban buscando la grama, la juncia, el bayunco o la *masiega* y cualquier hierba que hubiera.

“Esas mías eran overas, comían ovas en el barranco también. Son unas torcías largas, y la vaca se mete y saca un manojo grande. Eso no lo hacen toas las vacas, todavía tengo algunas overas. La overa es que come ovas, aprenden unas por otras cuando se echan al barranco. En este tiempo de aquí por delante [septiembre] es cuando sale ya la ova, en otoño, en los correntones salen las torcías mu largas, y duraban hasta mayo cuasi.”

M. M., Bd.

La vaca buscaba lugares de humedad, por la altura de la hierba, aunque no fuera verano. De una finca próxima a Santa María de Navas con una parte de sierra, un zagal de entonces nos cuenta lo siguiente:

“Las vacas siempre andaban por las riveras esas de La Parrilla y por los barrancos, y también se iban a la sierra porque hay muchos valles, unos pastos de valle mu buenos en las cañadas aquellas, que echaban poleo y unas yerbas mu verdes. En el verano estaban siempre allí”.

A. J., SM.

Un vaquero matiza esta predilección de las vacas:

“Las vacas iban por esos ríos pero cuando llegaba la primavera y había yerba, al ganao le gustaba menos la yerba de las orillas cuando había fuera yerba verde. Pasa igual que en las cañás, en los bajos, que es por mayo cuando empiezan a comerla”.

A. B., PM.

En cuanto a los árboles de las riveras, los chopos y álamos, la importancia de sus ramas era más bien poca, algo marginal, y circunscrito casi exclusivamente a fincas pequeñas, que aprovechaban al máximo cualquier recurso. En esta misma línea tenemos aprovisionamientos como los restos de cosechas, tal las hojas de viñas, de higueras, matas de huertas y huertos, rizas de *frijones*, *bambollas* de tomates, pimientos, etc.. Todo ello más bien para vacas lecheras, de más cuidado. Los higos no se usaban apenas para vacas y si se hacía era una vez pasados, en poca cantidad, algo marginal y en explotaciones de escasos posibles.

Sobre todo ya a finales de verano, cuando queda menos comida y no ha llegado la otoñada, y sobre todo si coincidía con el momento anterior al parto y durante la lactancia, era cuando más había que ayudar a las vacas, para lo que era importante la ración de volumen que suministraban la paja y el heno. Aquí también entraba en danza el grano, producido en las propias fincas en las hojas de cultivo o comprado, sobre todo, en las campiñas, de las tierras de Fuente de Cantos, Montemolín y Bienvenida. Esto era frecuente sobre todo en Fuentes de León, donde

se cultivaba menos la dehesa por reservar terreno a las vacas y se compraba grano en Segura, de la zona de Ardila sobre todo, y de Fuente de Cantos. De Montemolín era mucho el grano que salía, por ejemplo, los *algarrobos*, un pienso bien fuerte y muy apropiado para las vacas, pero más bien lo vendían para las ganaderías de bravo de Salamanca. Si bien en la zona occidental no parece que fuera muy recurrente, sí lo era más hacia la parte de Pallares y Santa María, donde era el grano más empleado para la vaca, normalmente molido y a veces ligado con avena o habas y, en menor medida, cebada. A esta mezcla de cereales molidos le llamaban en algunos sitios cebo. En cualquier caso, era conveniente ligar el grano con paja. Sobre todo en pequeñas explotaciones era frecuente moler grano para las vacas, hacer harina, de cebada, de habas incluso.

“...sobre to a la vaca y la cabra, lo cagaban entero. Al ganao de rumio se lo tenías que moler, no tan fino, se lo dejabas medio enterillo y ya ... como a la vaca le pasa hoy, no le puedes echar la verza, algarrobo ni el maíz, tiene que ser molío porque, si no, tal como lo come lo echa.”

A. R. y T. D., Mn.

Este grano se le molía en los molinos de agua que existían en los ríos y riveras de cada pueblo o en los pueblos y solía hacerse a maquila. Unos cuantos grandes propietarios disponían también de molinos en los pueblos de la campiña y en alguno de la dehesa.

Como recurso menor, y propio de pequeños propietarios, tenemos asimismo el uso de afrecho, aunque sólo constatado en unos cuantos casos. Piensos como el maíz también eran poco usuales, aunque ya los encontramos en el caso de alguna gran finca.

Llegados aquí, comenzaba otra vez la rueda de los días y las estaciones, con la paridera y el otoño. Aparte de los traslados que hemos visto, se podían aprovechar las condiciones microclimáticas, de relieve, suelos, o vegetación de las fincas para ir sosteniendo a las vacas, aunque en general los movimientos entre fincas no eran muchos. Como caso sumamente excepcional, alguna vez las vacas de una gran propietaria fueron al norte de Castilla y a Navarra durante el verano, en años de sequía. Al igual que sucedía con otros animales, las vacas de algunos propietarios de Puebla del Maestre con tierras en nuestra comarca, cerca del pantano de El Pintado, pasaban el verano en las zonas bajas, próximas al río Vendoval y al pantano, mientras que en invierno se iban a las tierras de El Encinar o la Jesa de Abajo, más abrigadas y cálidas. De ello nos da cuenta un campesino:

“En invierno solían venir a la Jesa Abajo y El Encinar porque eran menos fríos. La vaca sola te decía cuándo tenía que venirse, cuando te dabas cuenta se venían, cuando empezaba el frío. Pasaban to el invierno y parte de la primavera aquí porque aquello era más tardío y aquí se secaba la yerba antes. En verano no hacía por venir p´ acá, porque esta tierra tiene mu mala huella, mucha piedra. Allí tenían más agua en abundancia”.

M. A., PM.

Se constata también en distintas explotaciones alternancia entre fincas de la parte sur de la comarca, más frescas, y de la parte norte, cálidas, a veces con menos árboles y más llanas. Aparte de esto, el trabajo del vaquero variaba a lo largo del ciclo, pero no cambiaban tanto las tareas como sucedía en el caso de otros ganaderos. En general era un trabajo más tranquilo, sin la preocupación nocturna de los pastores, la inquietud y vigilancia continuada de los cabreros o la intensidad durante la paridera que se daba en la oveja, la cabra y el cochino. Todo el ganado iba junto, a una sola mano, excepto cuando se apartaran los becerros tras destetarlos y esto no durante mucho tiempo. También podían apartarse en alguna cerca o corral vacas que estuviesen enfermas o flojeasen. No había que esquila, ordeñar o cambiar los animales de sitio cada noche. Como problema podríamos citar que la vaca sufriera algún accidente, se cayera por algún barranco o lugar complicado, y entonces sí que era más difícil de ayudar que cualquier otro animal.

A diferencia de las ganaderías de bravo o de lo que era costumbre en otras zonas, los vaqueros, salvo en algún enorme latifundio, iban a pie pastoreando el rebaño, que solía ir más abierto y coger más terreno que el de las otras especies, salvo que hubiese que recogerlo algo más por la proximidad de algún cultivo. Algún caballo o burro se empleaba cuando había que trasladar el ganado a alguna finca. Un vaquero nos cuenta así su trabajo:

“Había menos gente trabajando con las vacas que con las ovejas, se lidia mejor. A lo mejor un hombre puede llevar cincuenta vacas y con cincuenta ovejas si están pariendo tienen que estar dos. [Yo estaba] con setenta y tantas vacas o ochenta pero, vamos, es un ganao que se lidia bien, cuando están acostumbrás, porque ahora no, ahora están en las fincas, en las cercas y están bravías los animales pero entonces estaban hechas al careo como se le llama, y pa onde le daba el mayoral iban las vacas. Llevábamos una honda también pa sacudirle, allí en casa la tengo, una honda de correa. Tiene una anilla así, metes el deo en la anilla y en medio de la correa tiene una pedrera que se le llama, se le pone allí la piedra y se sacude con eso, se pega ca pedrá... y al mismo tiempo que tiras la piedra pega un restallío, tiene una rabiza y pega el restallío. Cuando restalla la honda corren las vacas, y cuando estás acostumbrao pegas buenos membrillazos. Yo tenía buena mano con la honda y José María [el vaquero] tiraba también. Nosotros llevábamos la honda y el garrote, antes gastaban los hombres unas porras gordas pero yo no me ha gustao eso, yo un garrote, un cacho palo y ya está. La honda era como un cinturón, en el medio tiene un cacho de material que es donde se pone la piedra y aquí en la punta está la rabiza, una cuerda que restalla, y salen las vacas que humean. La honda la gastábamos tos.”

M. E., SI.

En efecto, la honda era característica de los vaqueros y en ella algunos adquirieron una notable destreza, como éste de Monesterio.

“Creo que era El Acabose, porque te decía a ti: “¿A lo qué quieres que le dé de la puerta?”, dice: “Dale al cerrojo”. Al cerrojo le pegaba una pedrá, con la honda, la honda que gastan los vaqueros, eso creo que era el acabose pa pegarle una pedrá... a las vacas las caía de una pedrá como una guinda. Ya no vive. Le

pegaba una pedrá a lo que quería”.

C. J., Mn.

Donde había cercas el manejo era más sencillo y por eso no se precisaba vaquero, sólo había que mudar el ganado de cerca e ir a darle una vuelta de vez en cuando. Donde no, el vaquero andaba tras ellas todo el día

“Había fincas que estaban cercás pero la mayoría de ellas no estaban cercás, por eso tenía que tener su piara de vacas su mayoral, y salías desde por la mañana con ellas, y había temporás, como en el invierno y eso, que no la entrabas ni pa merendar ni na, estabas to el día con las vacas. Después ya llegaba la primavera y tenías que levantarte mu temprano pa que cuando viniera la mosca, antes de que le picara la mosca al ganao, estuvieran las vacas hartas y entonces ya se metían en el corral, y esa era la vida del mayoral. Y luego hay épocas, en este tiempo [julio] que no tenías que echarle de comer, no había que hacerle na, na más que verlas y estar con ellas y eso. Después llegaba el verano, que en la mitad de los sitios no había motores, pos había que sacarle el agua con una cuba del pozo, pa darle agua a vacas de esas pos ya ves tú si tenías que sacar agua, y había muchos trabajos. Después llegaba el invierno que no había comía en el campo, pos ya tenías que atender a pajearla, a echarle paja por la mañana, por de noche se le echaba heno, por la tarde ya de tarde, y esa era la vida del mayoral.

Cuando no había cercas, se salía con el garrote con ellas, habiendo cercas como a última hora cuando estaba yo, coges el palo, el garrote y vas y le das una vuelta y la ves, por si hay un bicho malo, o siempre hay vacas pa parir, o si pasa alguna cosa. Antes, como no había cercas, tenías que salir con ellas desde por la mañana hasta por la noche.

Intentaba que coincidiera que las vacas estuvieran a la hora de comer cerca de la casilla. Por la tarde las sacabas otra vez a puesta de sol, según el tiempo. Si era tiempo de comía, a lo mejor a media tarde estaban hartas y se empezaban a tender y las encerrabas, las metías en la cerca, había siempre una cerquilla que le llamaban el toril, y en el toril se metían las vacas.”

M. E., Si.

En general, se trataba de un manejo tranquilo, al ser ganado manso. No obstante algún incidente se daba esporádicamente si un animal especialmente arisco embestía o daba alguna patada. En la zona de Segura, las vacas más bravas eran las que se llevaban a las capeas. Por la envergadura y fuerza de los animales podía ser problemática la tarea de reducirlos, por ejemplo para herrarlos, sangrarlos, etc., sobre todo teniendo en cuenta que no había *mangás* o *trágalas*. Operaciones infrecuentes eran las de cortarles los cuernos:

“A las vacas no se le cortaban los cuernos, eso lo hacen ahora, a no ser que fuera una vaca que pegara mucho o algo y la despuntaran, pero si no, no. Cuando se le quita hay que tener cuidao porque toa la punta que se ve negra es macizo, no tiene carne, pero si le cortas de ahí p’atras le descubres el tútano y echan por ahí sangre a chorro. Si le vas a cortar más de la cuenta tienes que tener preparao unos tapones de madera, unos palos, y cuando le acabas de cortar el cuerno le metes aquello, le das con el martillo y ya no sale ni gota de sangre pero si lo dejas... Además, se sabe mu bien, coges el martillo y golpeas así y conforme pasas de lo que está macizo a lo otro ya se nota el sonío.”

M. E., SI.

Para pastorearlas y localizarlas, algunas de las vacas llevaban cencerros, campanillos, de cobre con correas de piel, lo que suponía un considerable capital que no era propiedad de los vaqueros sino de la finca, por su alto coste. Además, solían tener nombre las vacas, o al menos algunas de ellas.

“Las vacas tenían toas nombres, la Castellana, la Mariposa o como fuera. Tiene toas su nombre y entienden por el nombre, la nombras y saben que es ella la que has nombrao.”

M. E., SI.

Los campanillos, entre otras, los llevaban las *vacas madrinas*, los cabestros. En nuestra zona no se daban como cabestros los toros capados, como sucede en las ganaderías de bravo, sino alguna de las propias vacas de cría que se adiestraban para ello.

“Mi padre le ponía el campanillo a la más brava. Le gustaba mucho andar con las vacas, le echaba un lazo y le gustaba verlas berrear con la lengua fuera. Cuando salían con el campanillo empezaban a dar unos botes y unos berreíos, respinga, respinga. Siempre hay bichos que son más mansos pa madrinas o lo que sea. La seguías más y la acostumbrabas, hoy, pasao, al otro, y el animal aprendía porque nosotros la enseñábamos, el animal nace como nacemos las personas, si a nosotros no nos enseñaran... Son unas mejores que otras, hay personas que tienen un genio y son más habilidosas que otras, los caballos ¿por qué los caballos que están en las plazas valen?, porque están elegíos, porque ven que tiene genio pa eso, en cambio metes un pendón y no vale. Esas vacas que iban de cabresto había que enseñarlas.”

M. F., CI.

“Entonces en toas las piaras de vacas había un cabresto, una vaca mansa, mansa no, que era brava. La última le quitabas tú la sogá cuando se acababa y era más brava que las otras pero estaba acostumbrá a cogerla y na más que coges la vaca y sales con ella de cabresto pos las otras se meten en la corralá de momento<sup>80</sup>. Un cabresto se cogen cuando son becerras y a lo mejor te sale buena la primera que cojas y otras veces tienes que coger unas cuantas de becerras pa que te salga una cabresteando buena, eso depende de lo blanda que sea de sienes como se le llama. Pones la sogá mu apretá, se la echas así por detrás de los cuernos, se pone un lazo corrizo y se aprieta mucho y la que es blanda de sienes conforme le tiras de la sogá va detrás de ti que se mata, y así se enseña y, una vez de que sabe, ya no tienes que apretar la sogá ni na, na más que le pones el cornil y la coges de cabresto y te llevas a la vaca donde quieras. El cornil es el lazo, la sogá. Luego, no es menester lazo, tiene una argolla en un lao, se le da la vuelta al cuerno, se le engancha al otro y ya está, te llevas la vaca... una vez que esté acostumbrá. La anilla en el hocico es pa el

---

(80) Se refiere a Las Capeas.

ganao manso, cualquiera le pone la anilla en el hocico, esas son las suizas y los charoleses esos, obedecen mucho a eso de la anilla, se lo pones y cuando el bicho se atranca le pegas el tirón de la anilla y va que echa leches”

M. E., SI.

La operación extraordinaria que había que hacer era marcarlas, ponerles el hierro de la casa al ganado que se dejaba para renuevo, para reproductores, vacas y toros. Dependiendo de cuándo se vendieran, se podían marcar de becerros, de erales o de añojos. En algunos sitios se hacía sobre marzo, por San José, sin frío ni calor, para que cicatrizase bien la herida. Era ésta una operación problemática porque en aquellos tiempos no existían mangadas como las actuales para conducir y sujetar a los animales, sino que, metiéndolas en algún toril o cerca pequeña, había que tirar al suelo a las reses y ponerles el hierro candente. Por ello se requería del concurso de otros empleados de las fincas.

“Se herraban, que se le llama, pero eso se hace de becerra. Entonces se cogían, se tiraban al suelo, se le echaba el lazo y a brazos, nos abrazábamos tos al becerro. Estábamos unos pocos de hombres y se tiran al suelo, se le amarran las tres patas así juntas, se le deja una pata suelta, uno tira de la cuerda, otro lo sujeta y otro lo marca. Una candela y el hierro a fuego, ardiendo del to. Lo que no se le aprieta mucho, eso na más que se lo pegues una mijina, luego, el sello tal como sea el hierro, se le quita el pellejo y ya queda marcao pa siempre. Cada dueño tenía su sello por si se perdía y luego se le ponía el número del año, por ejemplo si estamos en el 98, pos le pones el 98, y ya se sabía la edad de la novilla, de la vaca. Porque la vaca cuando tiene ocho o diez años ya es vieja, se dejan más tiempo si la quieres apurar, pero con diez u once es ya la vaca vieja.

(...) Se pasaba bien y se llevaba uno muchos porrazos porque había que herrar una piara de becerros y totá esos bichos ¡no tienen fuerza!, ¡me cal!, y eso que estábamos acostumbrados. Se le coge el pitón y la nariz, le tuerces la cabeza y el otro le echa mano a la verija y se le pega el tirón y se caen y luego ya es cuando hay que aventarse tos a él. Los becerros la mejor presa que tienen es la cabeza, le echas mano a un pitón,. Yo tenía cogió el golpe, con la mano derecha le echas mano al pitón derecho y con la otra mano a la nariz y le tuerces la cabeza, como si fuera el manillar de un bicicleta, y entonces pega el bicho la costalá. Uno solo te cuesta trabajo caerlo pero cuando le cogemos el golpe dos, uno le tuerce la cabeza y otro se tira así por cima, le echa mano a la verija y cae el becerro de costillas de momento. Y cuando están en el suelo tienes que tener mucho cuidao porque están con cuatro patas duro que te pego, te pueden empalmar y te pegan más puños que...”

M. E., SI.

Con ocasión del herraje, en algunas fincas se aprovechaba para otras cosas.

“Esas sogas no las tenía toa la gente, el que tenía vaca. Porque en ese mismo cortijo que estuve yo con las vacas, ahí se herraban los novillos y novillas a ca dos años cuando eran erales o por ahí, se le ponía el hierro del tío y se les

pelaba a toas el rabo el día que se herraban y tos esos pelos se guardaban pa eso [para sogas].”

H. R., Cv.

Las razones de la celebración ritual son parecidas a las del desrabe de las ovejas<sup>81</sup> o la castración de los cochinos. Se herraban los animales de renuevo, novillos y novillas que serían los toros y vacas reproductores. Este ingreso en la ganadería de la finca, esta confirmación o aumento del capital de la casa, afirmación y demostración de la propiedad sobre los animales, eran señalados a sangre y fuego, de forma cruenta sobre el animal. Suponía un acto de dominio en todos los sentidos, de los humanos sobre los animales, en una lucha dura, que culminaba con la marca a fuego sobre el cuerpo de los becerros. En las culturas ganaderas, esta forma de dominio, de lucha contra un animal fuerte no queda reducida al ámbito de las propias fincas, de los procesos de trabajo concretos en el campo, sino que trasmina e impregna otros aspectos de la cultura. Recordemos, por ejemplo, el mundo gauchesco, que resulta especialmente sugerente en la obra de Güiraldes *Don Segundo Sombra* donde se nos muestra esa concepción de la vida como acto de dominio. Otro caso sería el Oeste de los Estados Unidos y zonas del norte de México, una sociedad de vaqueros, lucha y dominación también. En el caso de los toros en la cultura ibérica, los toros populares y las corridas de toros vemos también algo de ello, aunque la cantidad de significados desborda esa consideración, por ricos y diversos. En el caso que nos ocupa, ese acto de dominación sobre el animal no es principalmente la constatación de la primacía del hombre sobre el animal, sino de los propietarios sobre la naturaleza. Es la demostración de su hacienda y su poder dentro de la sociedad, en una sociedad con pavorosas diferencias de clase en la que ante los inferiores y también frente a los iguales se hace ostentación de su riqueza en forma de ganado. El animal poderoso, tras aceptar el sacrificio, ostenta el hierro y el nombre del propietario, que se enseñoorea así de la dehesa.

En este acto, convertido en ritual, participaban los empleados de las fincas. Necesariamente había de contarse con la colaboración de otros aparte del vaquero y el zagal, debido a las características del animal y del proceso, al igual que el peso de los cochinos. Esa participación en tan significativa tarea común de la finca se celebraba con comida y bebida.

“Aquí cuando se invitaban a gente y eso, que ese día era de cachondeo, era cuando se marcaban, cuando se le ponía el hierro. Entonces sí, se hacía caldereta, iban muchos del pueblo de cachondeo, echaban becerros bravos, como en estas casas los ha visto siempre, y era un día de cachondeo pero el día que lo vendían no, se acababan de pesar y nosotros a lo nuestro y ellos se iban pa casa y ya está. Don Pedro, una caldereta o se mataban dos o tres pavos

---

(81) En el caso de las ovejas, el ritual no se hace con el herraje, con la marca a fuego, sino con el desrabe, con el corte del rabo, y en todo ello intervienen dos factores. Por una parte el herraje en la oveja no es algo definitivo, sino que hay que volverlo a hacer cada año, pues lo que se hace es quemar la lana, por lo que tras la esquila desaparece la marca. Por otra parte, no es cruento, o al menos tan cruento como el desrabe, que sacrificial y ritualmente es por ello más apropiado. Sobre el desrabe, véase el capítulo referido a la oveja en la campiña.



según la gente que hubiera. Vino llevaban a punta pala, que se tomaba ca tajá el que le gustaba el vino, a mí no me ha gustao nunca el vino, pero que se pasaba bien aquel día. Se pasaba bien y se llevaba uno muchos porrazos...”

M. E., SI.

“Aquel día nos hartábamos de carne y había borrachera, porque al amo le gustaba eso, y mataban dos o tres borregos. Se invitaba a los ganaeros, por ejemplo al mayoral de las ovejas, como había dos con ellas, venía uno de cada sitio.”

A. B. PM.

Aunque no en todas las fincas hubiera una celebración de estas dimensiones, sí se marcaba ritualmente de algún modo, por lo menos en ganaderías de cierto tamaño.

La castración de toros era algo sumamente extraño pues, como vimos, no se utilizaban como cabestros. Los datos que tenemos sobre la capa de los machos refieren más bien a los animales de labor y tiro, y a tiempos más lejanos que nuestra época de estudio. Después de contarnos que a los erales se les capaba a vueltas de la misma manera que a los chivos, el encargado de una finca donde había vacas nos cuenta cómo se capaba a cuchilla:

“Y luego yo lo he capao a cuchilla yo ya, los erales. Me refiero a ganao vacuno, con dos años pa bueyes, eso los he castrao yo a cuchilla. Se malcornaban, se tiraban al suelo, después de tirarlo al suelo se le ponía la cabeza que no pudieran... dando con los dos cuernos en el suelo y ya estaban así, se le ataban las patas y se castraban y luego se soltaban, se le echaba un poquito de agua de Zotal, como se le ligaban las brinces al cortarla pa evitar de hemorragia se le ligaban, vamos, que yo he castrao muchos.”

A. J., FI.

Aparte de estas operaciones, a veces había necesidad de coger las vacas para curarles alguna herida o sangrarlas si tenían algún padecimiento que requiriese tal. Y entrando así en el apartado de las enfermedades y su cuidado hay que empezar diciendo que la vaca no parecía tener tantas enfermedades como las cabras y ovejas, pero había una que, siendo infrecuente, era muy peligrosa, la más peligrosa de las que el ganado transmitía, y que no era otra que el mortal carbunco, como vimos. Había quien la atribuía a las hierbas, a las de ciertas cercas, y por eso convenía su traslado a otras. Sin embargo, en general se consideraba que lo transmitían las moscas que andaban en animales muertos. Con esta enfermedad surgían tumoraciones, la carne se ponía negra y también se le daban cortes a las vacas, por ejemplo, en la vulva, para sangrarlas. Contra el carbunco era casi contra lo único que se empleaban inyecciones o vacunas. Sin embargo, muchas vacas habían de ser sacrificadas y quemadas, para no contagiar a las personas.

La *ranilla* era de los males más frecuentes, y era el equivalente a la basquilla

en los rumiantes menores. Como ya se vio, se trataba de una congestión, una subida de sangre debida a la mucha comida, a la mucha hierba. El remedio era parecido, sangrarlas:

“De lo que más morían era de ranilla. Si era delantera, le atacaba a la vista, no veían, se arrollaban con cualquier cosa. Si era atrás se le ponía la natura hinchá que parecía un melón. Había que darle unos cortes atrás, debajo del rabo, pa que sangrara. Si era alante había que meterle dos palos aguzaos por las narices. Había que caerlas al suelo o amarrarla al tronco de una encina”.

A. B. PM.

“Entonces la enfermedad que más había cuando estaban mu gordas es la ranilla que le llaman, que eso es como una cogestión, y si se coge a tiempo pos lo sabíamos nosotros, no hacía falta veterinario ni na. Había que coger la vaca, rajarle las orejas y meterle una lavija por la narices hasta que echaba la sangre a chorros, pa sangrarla, y en la oreja se rajaba atravesá y se le daba con un palo hasta que empezaran a chorrear y luego, si es trasera, que se ponen mu inflás, había que meterle la mano por el culo y le sacabas toa la sangre que tenían cuajá allí y, si no, las cogías aquí, por el mojino. La ranilla es que están más gordas de la cuenta y las subías de sangre que tienen, pos por eso hay que quitarle la sangre. Cuando llevan un rato echando sangre empiezan a batallar y a eso, pero cuando... La puedes aviar donde quieras que la coges porque el animal no se mueve siquiera, se queda ciega, no pueden, vamos, no pueden, como no las cojas a tiempo se mueren. Están mu gordísimas, es lo mismo que se dice cuando le da, en que mala comparación, una cogestión a una persona, está mu gordo, porque está mu gordo”.

M. E., SI.

En la siguiente cita se nos describe ese proceso, pero la enfermedad y los síntomas se confunden con los de otras, como el *lobao*, y las causas también.

“Yo puedo explicar que mi padre estábamos haciendo pared y yo tenía diez años y como él estaba criaio con el ganao, teníamos unas vacas y estábamos desfiaos como de aquí a Puerto Rico<sup>82</sup> casi y oye sacudirse una vaca, había una niebla mu grande esa mañana, no se veían los deos de las manos y las vacas estaban en una solana de enfrente, Volvió a oír otra vez y dice “vámonos que ahí hay una vaca mala”. Una vaca con ranilla como de lobao, que se llamaba lobao de la niebla y la misma atmósfera que atraía aquello y la vaca con la yerba se había hartao y le entró ranilla. Eso fue rápido, se sacudió la vaca que tenía campanillo y por el campanillo se dio cuenta de eso. En seguía la vaca se venía a él pa que la curara, como él no lo conocía aquello dice “ve corriendo a la casa y tráete la lavija, un hierro de alante del arao, como un lápiz, más grande y con una muesca, del arao. Fui y la vaca se venía a él pa que la curara, animalito, que no le faltaba más que el habla. La cogimos y la amarramos y le metimos la lavija por las narices y empezó a echar sangre por la nariz que era lo que le hacía falta. Pero no tuvo bastante con aquello que veía que la vaca se iba de atrás, y se dejaba como caer de atrás. Se remangó y con un poco de aceite le

---

(82) Unos 300 metros.

metió los brazos, que entonces hubo hombres que se quedaron mancos de eso de la enfermedad esa y él, como era suya, le urgía y metió el brazo y le sacaba ca cuajarones de sangre como esto, de las costillas de arriba, de los encajes pegaos. Metió la mano por el culo de arriba, no por la natura y esa sangre estaba pegá arriba y era lo que hacía morirse a la vaca y la salvó, pero le hizo una montonera de sangre cuajá. Si es otra persona que no conoce aquello, muere, porque hoy ni los veterinarios conocen eso con to lo que digan, era ranilla de atrás y de alante. Porque sale alante también, pero aquella era de atrás y la braceó, que así se llama eso. Y la vaca que no se movía y que le metías el puño lleno de aceite y te traías lo que podías de dentro de aquella sangre. Eso le entrará más de una vez a muchas que se mueren y los veterinarios no saben de lo que ha muerto, eso es como un carbunco.

Eso es de la niebla porque hay unas perlititas, que mi padre lo explicaba, unas perlititas que se criaban en la yerba como perlinas de agua, era como una telarañina y eso se comprende que lo traía la atmósfera y lo comía el animal y de ahí venía en las vacas, a lo mejor en otros bichos le ocurría otra cosa. Por alante le dabas con algo pa que echara sangre de alante. A más de un vaquero lo oí yo que perdieron los brazos, por eso los veterinarios pa sacarle las pares a una vaca se ponen unos guantes que le llegan al hombro.”

M. F., Cl.

Por lo demás, podían presentarse males como los de otras especies, tal es el caso la pezuña, del pederero o reblandecimiento de la pezuña, que se curaba con Zotal. Según un informante no parecía afectarle a la vaca la acción de la helada sobre la hierba:

“A las ovejas, las cabras y eso cuando comen yerba cuando hay helá le entra zurra, pero la vaca no, esas están en la cerca y a lo mejor está la helá más grande que la puñeta y están ellas lambiendo”.

M. E., Sl.

Sin embargo, esta opinión no es compartida por el resto, que insiste en que le afectaban la helada y la rociada, de ahí la necesidad de buscar abrigos y sitios soleados. Evidentemente, enfermedades como la turberculosis, con la que se decía que se quedaban muy delgadas, y la glosopeda existían, aunque no se les diera ese nombre u otros alternativos:

“Otras enfermedades no se conocían, hoy ya la glosopeda esa sí se conocía, la fiebre aftosa, se le inflamaban las mucosas y luego se le hinchaban los pezuños y los largaban y algunas se morían. También sacaron la vacuna.”

A. J., Fl.

Acerca de las vacunas las informaciones son muy contradictorias, desde quienes afirman que no se vacunaba nunca, a quienes dicen que sí se hacía.

“Entonces la vaca no se vacunaba nunca como pasa ahora, como no fuera alguna vaca que estuviera mala, ni se le hacía na, no es como ahora que si

sacarle la sangre, que si la vacuna. Si no hubiera los preparos que hay hoy no se podía hacer eso, coger tanta vaca y amarrarla a un tronco.”

M. E., SI.

Al igual que con otros animales, había problemas de aborto, por aguas atajadas u otros motivos, y los partos complicados eran especialmente problemáticos en la vaca. Cuando las vacas se aventaban por una comida excesiva o desequilibrada, se les solía hacer tragar bicarbonato o se les echaba aceite por la nariz o la boca, pero era peligroso y había que tener pericia en el asunto. Debido al alto valor por cabeza, para atender a las vacas se solía llamar al veterinario en caso de problemas de cierta importancia, a diferencia de lo que ocurría con otras especies en que era infrecuente.

De entre los animales dañinos, el único que había de temerse, si lo había, era el lobo, porque a otros les hacía frente bien la vaca. Incluso a éste no le valía con la vaca.

“Antes no había esas vacas mochas porque antes le hacían falta los cuernos pa defenderse, ahora son mochas porque le queman los cuernos de chiqueninas, entonces había muchos lobos. (...) Antes no se le quemaba, se defendía de los lobos, de los bichos, le atacaban a los becerrillos. Es que las vacas de siempre se han quedao solas en la cerca, aunque el vaquero esté de día pero de noche le dan bomba en la cerca y ella sola se tiene que apañar, si una tiene cría y viene un lobo... le daban. Donde había vacas no entraban, tenían cuidao, se iban a las ovejas porque era mejores, y no había cancillones, era una red con unas estacas de palo y ahí venían los lobos, pegaban el empujón, se espantaban las ovejas, la red al suelo y a correr, y mientras había vivas, matar y matar que era lo que hacían los lobos. Claro, llegaban a las vacas y allí no podían, porque en el momento que las vacas... además parece que a los animales le daba el olor, cuantito berreaba uno ya estaban toas juntas, y le zumbaban a los lobos y se tenían que ir aburríos.”

M. F., SI.

Como sucedía con otros animales, el rastro de la eriza en celo era también pernicioso para el bovino. La mosca, como vimos, era sólo molesta.

“Yerba mala es la eriza que se llama, que es cuando están los erizos en celo. Las erizas cuando están en celo por lo visto son como las mujeres, tienen el período y, por donde vayan dejando la sangre esa, el bicho que la coma pos se muere. Pero eso no tenía salvación, te decían los veterinarios que han comío una yerba de eriza y luego había algunas que la habían comío y tiraban y se le caía casi to el pelo. Eso es mu raro de ver eso, por donde va la eriza echando la sangre, y era un caso que se daba también de higos a brevas, no es que se diera siempre”

“Una mosca verde que es la que le pica a la vaca y le pica entre los pezuños y corren más que... Eso es en la primavera, este año no ha sío año de mosca pero hay años que... Eso no le deja herida pero debe ser mu fatigosa según corren los animales. Si hay barbecho o agua que estén ellas... que tengan los

pezuños enterraos, ya no le pican.”

M. E., SI.

Ahora bien, había un animal doméstico que podía ser muy problemático para los becerros, y nos referimos al mulo que de una coz podía matarlo. Esto sucedía sobre todo en fincas pequeñas, donde todo el ganado podía estar junto. Por ello, en tiempo de parto de vacas se las separaba de estas bestias.

En otro orden de cosas, la planta dañina, al igual que sucedía con los otros bichos, era la mencionada batata, cicuta o amapelo.

“Cuando vienen arriás están los amapelos, que echan una rama que no es mala y se lo come el ganao pero cuando se descubre la papa, la raíz, el bicho que se la come se muere. Hay que revisar los barrancos. También en el verano porque puede tirar el bicho de la rama y se puede arrancar y venirse la papa. El cochino se lo come y no se muere, le entra fatiga y lo vomita, pero el ganao de rumio no tiene cuartel.”

B. J., FI.

### 2.5.3. La venta de los animales y sus productos

Este era el manejo y el cuidado que tenían las vacas en la dehesa. El último paso antes de salir el ganado de la finca, los becerros, era el acto de pesarlos, que por lo que nos cuentan no tenía misterio ni averiguación alguna. No se celebraba pues, como hemos visto, la gran celebración había sido el herraje.

“El día que se pesaban los becerros era un día de fiesta pa ellos pero pa nosotros no (...) se acababan de pesar y nosotros a lo nuestro y ellos se iban pa casa y ya está.”

M. E., SI.

Ni que decir tiene que la expresión *era un día de fiesta para ellos pero para nosotros no*, en boca de este trabajador nos recalca que la venta de los becerros dejaba pingües beneficios a los amos, que por ello estaban contentos pero, como siempre, eso no repercutía en los empleados de la finca, que seguían en su situación de precariedad. La diferenciación entre el *ellos* (los ricos, los amos) y el *nosotros* (los pobres, los trabajadores) es muy marcada en el contexto del latifundismo. Ellos y nosotros define dos universos sociales, dos culturas antagónicas, como magistralmente constató Juan Martínez Alier en su obra sobre la campaña de Córdoba (Martínez Alier, 1968).

Para no celebrar el peso había dos motivos, y valga el retruécano, de peso. Uno era que la gran celebración era el herraje, aunque quizás eso fuese consecuencia más bien. La verdadera razón, era que no existía el pesaje como tal. Me explico. Hasta ya bien avanzados los cincuenta, o más bien los sesenta, no existían básculas en las fincas. En algunos pueblos se puso en algunas fincas, o en algún corral

del conejo, una báscula municipal. Así pues, no había peso en las fincas. Por tanto, en el campo no se pesaba sino que, a lo sumo se aforaba, es decir, se vendía, *en bruto, a ojo*. Se buscaban animales de unos trescientos kilos o cuatrocientos kilos y existían personas más expertas, con más ojo, que podían calcular, sin equivocarse mucho, el peso del animal, sobre todo el peso en canal. No obstante hemos encontrado casos en que se pesó algún animal, de lo cual se acuerdan bien los protagonistas por lo penoso del trance de tener que levantar a un animal de tantos kilos.

“Otras veces lo vendían en bruto que era como le llamaban, que era tal como estaba la pira se lo llevaban ellos y ellos allá, y la ganancia se la llevaban los que compraban. Había tíos que aforaban mu bien y se equivocaban mu poco en los pesos de los bichos. Pero que no es lo mismo que la báscula, porque la báscula es como dice el refrán, “peso y medía quita porfía (...). Yo he pesao muchos becerros y yo te miro un becerro y me equivoco mu poco en el peso, pero antes no teníamos na que ver los vaqueros en el peso, eso era el encargao que estaba. Como en toas las casas tenían un capataz pos el capataz era el que llevaba las cuentas y el que cogía los pesos de los bichos y to.”

M. E., SI.

Otra forma de venta era el peso en canal en el matadero. Se acordaba el precio por kilo y luego se pesaba la canal en el matadero, para lo cual se desplazaba allí alguien de la casa. Esto lo hacían los grandes propietarios que vendían en cantidad y por el volumen de la venta y su capacidad podían permitirse enviar a alguien varios días, pues los animales podían tardar tiempo en ser sacrificados.

“En los cincuenta no era con camión. Te lo pesaban en canal, que era lo que se compraba, la canal, y estaba allí uno en Sevilla o en Mérida unos pocos de días. Te lo matan, quitan to los despojos y te pesan, quitá la piel y los dentros, sin la cabeza, esa es la canal. Si era uno que venía a comprártelo aquí te lo miraba aquí en bruto, te lo miraban en lo que es la canal, porque luego ya se sabe, ya eso se aprende con la práctica. Un bicho que dé 500 kilos en bruto pos le pones si está mu gordo 50 % de canal en ganao manso, o el 54; el ganao bravo da hasta el 60 y el 64 porque tiene menos huesos y menos eso. Si tú lo llevabas allí, te los mataban y las perras te daban según pesaban, a lo que estuviera el matadero. Y el cotralero compraba pa él y vendía en Sevilla, pero si tú querías llevarlo por tu cuenta pos un entrador que había allí te recibía.”

A. J., FI.

Los pequeños propietarios también llevaron ganado al matadero así, pero sobre todo suizo, a vender a Mérida, pagando entre varios a uno para que fuera. Pero normalmente vendían a ojo, en bruto, y lo hacían a tratantes, chalanes o *costraleros* o *cotraleros*. La palabra viene de cotral, vaca o buey viejo destinado al sacrificio. En efecto, esta gente compraba animales de desvieje, pero también becerros, siempre ejemplares sueltos, uno aquí, algunos otros allá, a los que tenían algún animal. Una vez juntada una partida, la llevaban al matadero, donde se la pagaban según la canal. Estos *cotraleros* eran mayormente de Sevilla o pueblos

próximos, como el célebre Ruperto, de Salteras, conocido por toda la comarca.

”Chalanes le decían al que compraba vacas, eso le decían, los chalanes. ¿Tú no te acuerdas de estos que venían comprando bestias, mulas, con una bata larga echao un nudo aquí a la bragueta?. Era como una chambra, una tela fina y un nudo echao aquí alante o dos, los chalanes que le decían (...), un corredo, r pos eso es un chalán.”

V. J. M., FI.

La fecha de venta preferida era al final de la primavera, cuando habían aprovechado las hierbas. Pasadas estas, los animales no ponían peso apenas, se *empastaban* y sólo se mantenían del campo, consumiendo pero sin engordar mucho más. No obstante, sobre todo en fincas pequeñas, a veces salían en otras fechas, en cuanto pudiesen, como una forma de obtener ingresos, aunque esto último puede que se diera más en huertas y otros agroecosistemas que en la dehesa. El destino de los animales era Sevilla o Mérida, sin que haya mención a ningún otro lugar.

El encargado de una finca nos resalta el gran predicamento que tenían en el matadero de Sevilla los erales de Fuentes de León.

“Y me acuerdo cuando se iban a matar los erales, que se mataban de erales en Sevilla, y cuando llegaban los del terreno este hacían rayas. Entonces no había na más que lo que daba el campo. Rayas de bueno, por la hierba. Eso me lo decían a mí los negociantes de Sevilla, “cuando llegaban los de tu pueblo, paraban tos”.

A. J., FI.

En el caso de alguna gran finca, y sobre todo en tiempos más próximos a los nuestros, podían ir los becerros o erales en un camión, pero por lo común los llevaban andando los *harreaores*, salvando unas distancias bastantes grandes en varios días, como nos muestra este relato.

“Uno de la edad mía las llevaban a Sevilla. Echaban tres días de camino, le pagaban y luego echaban dos de regreso y algunos se venían andando por no pagar la Estellesa<sup>83</sup> y se guardaban el dinero. Porque el trayecto de aquí a Sevilla es el mismo que a Mérida. Iban... entonces decían costralá, eran los costraleros que venían donde fuera, compraban cincuenta erales o veinte. Costraleros porque le decían la cotralá, cuando juntaban en los toriles, “pos viene el costralero”, a ti te compraban cinco, a mí cuatro, al otro diez y entonces tenían ya esos tres hombres, cogían camino de Sevilla por la carretera. Y te digo la venta donde paraban todavía, que ca vez que paso a Sevilla..., primero la Venta el Alto, luego se pasaba a la Fraila, la Venta la Leche que le decían (...) allí había unas corralás y llevaban el ganao. El ganao, cuando a los dos días te podías montar en ellos, cuando llegaban a Sevilla, y eso que iban comiendo

(83) El autobús de línea de la empresa La Estellesa que hacía la línea Sevilla-Badajoz, pasando por Segura y Bodonal.



por el camino, que no lo llevaban de un día. Paraban esas dos noches y luego entraban en Sevilla. Pero entonces el tránsito de la carretera era... un camión a ca dos horas. Y así fueron a Sevilla y a Mérida. Y luego ya vinieron los camiones y ya se quitó el tráfico ese de ganao vacuno.”

A. J., FI.

En la zona occidental, a veces se llevaba ganado, tanto de pequeños propietarios como de alguna gran finca, en tren desde Fregenal al matadero de Mérida, al cuidado del mayoral. Otros puntos de venta eran las ferias, como la feria de San Juan en Zafra, y también la de San Miguel de esa misma ciudad, el rodeo de Fuentes o las ferias de Fregenal o Monesterio, donde iban no sólo becerros, sino también animales mayores, y eran los propios dueños, pequeños propietarios por lo común, quienes las vendían allí. Un mercado específico era el del poco ganado bravo que había, en la zona de Segura, y del que se vendían algunas novillas para plazas de toros. Si no las compraban para ello, se vendían como cualquier otro animal de carne.

Además de las crías, la leche y el queso ya mencionados, los otros productos o subproductos que ofrecían las vacas eran el estiércol, la piel, los cuernos y el pelo, aunque todos éstos últimos eran algo marginal. El estiércol de vaca es de muy mala calidad, pero se utilizaban las boñigas secas, por ejemplo en las huertas para las cebollas. Sólo cuando las vacas se estabulaban y sus excrementos se mezclaban con paja tenía algún valor ese estiércol pajizo, aunque era el más flojo de todos. Un vaquero de Segura nos habla de esta práctica:

“Se aprovecha el estiércol porque las vacas cogen las quedás y sobre to en el tiempo de las moscas se van debajo de las encinas a la sombra, y al ponerse una vez y otra pos forman unos montones de estiércol debajo de las encinas, y en el veranillo se recogía el estiércol ese y se echaba en la tierra”.

M. E., SI.

Sin embargo, esto no se daba en todas las fincas, en muchas no se aprovechaba, sino que más bien era la excepción. Quizás su uso en la zona occidental se debiera a la falta de ovejas para majadeo. En la zona oriental sobre todo, con los excrementos que la vaca dejaba en los lugares donde pernoctaba no se producía estiércol. Al ser corrales o cercas grandes no era necesario barrerlos e, insisto, era un estiércol de mala calidad, como nos dice un zagal de la zona de Santa María:

“El estiércol de vaca es mu malo. En la cerca de las vacas sólo se criaban cenizos y ortigas. Debajo de los alcornoques y quejigos, que paraban mucho las vacas, había un montón de boñigas secas y yerbas malas”.

A. J., SM.

La boñiga fresca servía para darle a los suelos de tierra, que eran el piso de muchas casas modestas o de partes de ella, y tenía la función de asentarlos y que

no se levantara. Pero esto era algo sumamente marginal. Había algunas personas muy necesitadas, mujeres sobre todo, que iban por ellas, *pero eso era ya demasiada desgracia*, apostilla un trabajador.

Cuando moría algún animal o cuando se le cortaban los cuernos éstos servían para labrar en ellos cucharas o cazos y también para los aceiteros, recipientes donde se contenía el aceite y el vinagre que llevar al campo, por ejemplo a las eras, incluso se podían llevar aceitunas. A los cuernos huecos se les hacía con metal una embocadura en la que ajustar un tapón de corcho, uniéndose dos cuernos con una cadena para cogerlos y colgarlos. También se podían hacer recipientes para otros usos, por ejemplo para llevar la pólvora en esas *liaras*, como les llamaban en algunos sitios.

“Los cuernos aceiteros, eso lo traerían de los mataderos, habría de to, eso lo hacían aquí en las fraguas los herreros, vamos, eso lo hacía cualquier hombre, le ponía el tapón y eso y luego en la fragua le ponían el aro pa que no se abriera pa ponerle la tortera y eso. [Una vez muerta la vaca] le cortan el cuerno por atrás. Eso lleva un tútano y cuando lleva el cuerno quitao de la vaca unos pocos de días pos eso se seca y entonces se saca el asta”

M. E., SI.

Las pieles de las reses muertas eran las mejores para curtir y se vendían a los pellejeros o las mandaban a curtir los dueños, sobre todo a Guadalcanal y Fregenal. Con ellas se hacían zapatos y zahones.

“En aquellos tiempos había que sacarle la piel siempre, había que desollarla, pa dársela al dueño. Luego, la llevaban a curtir pa material, pa los mismos collares de ella y pa los látigos de las cangas que se le llamaban.(...) Y, entonces, en estas casas grandes se sacaban toas las pieles y las llevaban ahí a Fregenal que, en El Batán, ahí la curtían. Ahí había una pila de hombres trabajando en las pieles siempre, iban toas las pieles de por aquí. A primera hora te cobraban dinero, luego ya no, luego si llevabas dos pieles, una era pa El Batán y otra pa ti. Y si llevabas una piel na más te la partían al medio y, si no querías que te la partieran pos pagabas media piel ya curtía. Eso se lleva mucho tiempo, llevas una piel y a lo mejor hasta el medio año o más no la podías recoger.”

M. E., SI.

“La piel de la vaca se dedicaba siempre a zapatos. Se compraban de esa piel que se hacían aquí pero ese material se compraba en otro sitio. Si eran malos se decía que eran de chivo los zapatos, parecían de plástico.”

B. N., CI.

“La piel de vaca se usaba pa suelas de zapatos. La curtían y venían las hojas, los fardos enteros y los zapateros se encargaban, porque no se compraban los zapatos como hoy, sino que venía el zapatero una semana o quince días a tu casa y había zapatos pa to el año. Iba contigo al depósito donde estaban las pieles y le decías los zapatos que necesitabas y cortaba las suelas de lo más

gordo, de un deo y del becerro la piel de arriba más floja. Cuando terminábamos la era, nos íbamos al campo algunas veces y allí también iba el zapatero, que le daba la burra pa que fuera y viniera tos los días, comía con nosotros, y el sueldo que pedía.

Zahones en aquellos entonces teníamos tos los hombres del campo pa proteger los calzones, el que podía de material, que era más caro, y el que no, de lona, y los buenos de becerros, y los que menos podíamos de una cabra o de lona. En la aceituna te los ponías y no te llenabas de alperchín y apañabas de rodillas. Eso iba a la cintura y a las piernas ataos, como los de rejoneadores pero de menos tonterías. Aquí había unos que los hacían mu bien, y con adornos, que los hacían con unas tijeras y le ponían entre piel y piel lana del color que fuera. También había unos zapatos de palo y se resbalaban mucho y de material clavao en el palo, yo lo conocí poco pero lo conocí pa el campo, le ponían tachuelas.”

H. R., Cv.

Como hemos visto, fincas había en que se aprovechaba el momento del herraje de las vacas para cortarles el pelo del rabo y hacer sogas, bien fuertes y resistentes, de mucha calidad. Donde había menos vacas y estaban más manseadas podía hacerse en cualquier otro momento:

“Las sogas, de zagal yo me acuerdo que venían los tíos y hacían la soga ahí en ese altozano, en la fuente La Fontanilla ahí se ponían, le dábamos. Se llamaban las sogas de avacar, de las cerdas de las vacas, del rabo, eso se guardaba y el que las tenía se las daban a esa gente y te hacían unas sogas de avacar buenísimas. Tenían una cosa parecía a un telar, con una rueda, y allí lo hacían (...). Esas sogas no las tenía toa la gente, el que tenía vaca...”

H. R., Cv.

